posible, y esponer las variaciones que la Iglesia ha creído convenientes para la designacion de las personas que han de ser elevadas al obispado, se divide este párrafo en tres épocas, de las cuales la primera comprende hasta el derecho de Decretales: la segunda desde este hasta los Concordatos; y la tercera la disciplina vigente en nuestros dias.

Epoca primera.

13 Habiendo Jesus llamado á sus discípulos, escogió entre ellos los doce Apóstoles (1) que, imitando el ejemplo de su Maestro, constituyeron obispos en las ciudades señalando las cualidades de que habian de estar adornados los elegidos para tan sublime cargo (2). Desde el origen pues de las elecciones, las costumbres de la antigua Iglesia y las disposiciones canónicas de aquel tiempo atestiguan la necesidad del consentimiento y testimonio del clero y pueblo para la designacion de la persona idónea á quien se habian de imponer las manos (3). No es fácil fijar exactamente la estension que en los primitivos siglos se dió á la intervencion del pueblo, atribuyéndole unos voto decisivo, y no concediéndole otros sino la facultad de dar testimonio en favor de la persona elegible, y la de contradecir la eleccion si tenia para ello causas justas y probadas (4). Esta última opinion parece la

(1) San Marcos, cap. 3.^o, vers. 13 y 14: San Lucas, cap. 6.^o, vers. 13.

(2) San Pablo, epíst. á Tito, vers. 5, 6 y 7.

(3) San Cipriano, epíst. 68, 41 y 42.

(4) Sobre este punto véase á Belarmino, lib. I *de Clericis*, cap. 7.^o, y Pedro de Marca, *De Concordia Sacerdotii et Imperii*, lib. VIII, cap. 2.^o y sig.